

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTOESCO DE LITERATURA.

NUM. 377

MADRID 4 DE FEBRERO DE 1844.

SEGUNDA SERIE.



LA HERMANA DEL EMIGRADO.

II.

Pasados algunos días llegó á la plaza de San Carlos un militar joven, cubierto de polvo. Un plumero blanco flotaba sobre su morrión: dos charreteras de oro brillaban en su uniforme, cubierto de bordados, y un gran sable, colgado al lado, daba á cada paso en los hijares húmedos de su caballo. Llevaba ademias, según la moda de entonces, botas con campana y una peluca con coleta y empolvada; pero sin bolsa. Finalmente, sus guantes tenían por arriba un pedazo grande de búfalo embarnizado y cortado en forma de embudo, que le tapaba la muñeca y una parte del ante-brazo.

El estrengero paseó primero su vista alrededor de la plaza, y cuando reconoció bien la casa que buscaba se bajó del caballo: se lo entregó á un criado anciano que le acompañaba y se acercó á ella, dejando arrastrar su sable estrepitosamente por el suelo.

Esta niñada era tanto mas extraordinaria cuanto que el joven estaba al parecer entregado á una seria preocupación, aunque también es verdad que en aquella época de agitación y de luchas predominaban en todos los ánimos las ideas militares y los guerreros hacían alarde de todo lo que les recordaba su hermosa y peligrosa profesion.

Apenas llamó á la puerta se abrió, y el joven oficial, extendiendo sus brazos, exclamó:

— Margarita!

Mas al ver al joven se apoderó de ella un temblor súbito, y vaciló un instante antes de echarse en los brazos del oficial, que era su hermano.

Pasados los primeros desahogos, permanecieron los dos pobres niños uno en frente de otro, con las manos entrelazadas, para verse y admirarse mejor: pero sin embargo, cuando el joven breton, consideraba á su hermana sentía penetrar en su alma una vaga inquietud. Efectivamente, Margarita estaba pálida como la muerte: dos surcos negros y pro-

fundos rodeaban sus párpados: su mano temblaba con violencia, y sus ojos errantes parecían esquivar las miradas de su hermano, el cual le dijo:

— Oh! Dios mío! ¿Qué tienes Margarita? Que mudada estás!

La joven hizo un esfuerzo para sonreírse, empero este mismo esfuerzo que tuvo que hacer para darle una espresion tranquila á su fisonomía manifestó la emocion y el sufrimiento que tenía en su interior.

— Buen Arturo, le respondió, nada tengo.

Y procurando variar al momento el curso de las ideas de su hermano, añadió:

— Arturo, hace mucho tiempo que no he tenido noticias de mi padre!

— Ay de mí! dijo el joven, ya no las tendrás nunca!

— ¿Qué dices?

— Digo que el baron de Kerval ha ido al cielo á unirse con nuestra madre!

— Gran Dios! exclamó la joven, ¿ha muerto nuestro padre?

— Sí, murió, murió como un traidor, como un criminal, en el cadalso de la república por haber sido fiel á la religion de sus abuelos y á la causa de su rey!

Al pronunciar estas palabras se descubrió respetuosamente el oficial y levantó el plumero blanco de su morrión.

Repentinamente se dejaron oír en una alcoba inmediata los gemidos de una criatura, y al momento Margarita fijó una mirada en su hermano Arturo, el cual le dijo:

— ¿Qué ruido es ese?

La joven no respondió á esta pregunta, sucediendo un vivo bochorno á la palidez de sus mejillas.

— Que ruido es ese? repitió Arturo en voz mas alta; y al decir esto sus ojos lanzaban contra la pobre muger una mirada escrutadora que penetraba hasta lo interior de su alma. Margarita respondió temblando.

— Es un niño que llama á su madre.

— Pero quién es su madre?

Desatinada y asustada por un momento, Marga-

rita pensó negar á su hijo, empero recobrando súbitamente en sus entrañas maternales la fuerza y el valor que habian estado á pique de faltarle, respondió:

— Yo soy su madre;

Atemorizada despues por este efecto sobrenatural, se arrodilló y ocultó la cabeza en sus dos manos.

— Desgraciada, exclamó el oficial con voz terrible y apartándose precipitadamente de su hermana, has olvidado quizá que soy el jefe de la casa y que tengo derecho á maldecirte.

— Oh! perdon, Arturo perdon;

— Con qué! dime el nombre del padre de tu hijo!

— Algun día lo conocerás.

— Su nombre! te digo.

— Nunca lo sabrás, porque no quieres conocerlo mas que para quitarle la vida.

— Pues entonces te maldigo! Margarita cayó al suelo desmayada, y cuando volvió en en sí, vió que Arturo estaba sentado en un rincón del cuarto. Tenia el rostro tapado con sus manos y salían por entre sus dedos abundantes lágrimas: sus charreteras hechas tiras con violencia yacian á su alrededor, junto á lo pedazo de su sable, que habia roto encolerizado. Mars garitafué con precaucion donde estaba su hermano, y este la dejó. Animada la joven con esta licencia besó muchas veces la mano de Arturo, y apretándola con mucho cariño contra su corazon, murmuró con volastimera é interrumpida por los soplozos:

— Perdonadme, Arturo! He cometido una falta enorme, porque he manchado el nombre de tu padre el tuyo y el de todos aquellos que habian confiado su nombre á mi honra; pero si la vergüenza, los remordimientos, el temor, y todo lo que Dios exige para la expiacion de los mayores crímenes, basta también á los hombres; entonces merezco que se me perdone; pues estoy avergonzada, arrepentida y sumida en gran manera.

Levantó Arturo la cabeza al oír aquellas humildes palabras, aquella voz tan dulce y aquellas caricias tan tiernas; sus ojos ya habian perdido el aspecto feroz; fijó en su muy querida hermana una mirada llena de puzura, y le dijo:

— Efectivamente eres muy culpable Margarita; pero te perdono, porque yo tambien tengo algunas faltas de que acusarme. Inmediatamente despues de la muerte de nuestra madre, hubiera debido venirme contigo á fin de protegerte en los peligros que amenazaban á una jóven hermosa y sin esperiencia; pero en vez de hacerlo, no he seguido más que mis instintos guerreros, no he escuchado otra vez que la de mi ambicion; no me he atrevido á salir de las filas el dia antes de la batalla; y me he visto obligado á servir hasta el fin, la causa, á cuya defensa me habia dedicado, como si yo no hubiera tenido que cumplir con mis antecesoros una obligacion mas sagrada que todas las demas, que es defender y guardar el honor de mi casa!... Finalmente, el mal está hecho, y ahora se trata de repararlo. Ya ves, Margarita, que ahora se me presenta una brillante carrera, aunque la renuncio. — Diciendo esto señalaba con el dedo sus charreteras y su espada.

Vamos á dejar la ciudad de Viena, porque aunque hayas encubierto en algun tanto tu falta, no es prudente ni tampoco conviene, que se permanezca en el lugar en que se ha cometido: vamos á mudar de nombre; porque el de nuestro padre es de los que necesitan que se lleve con la cara descubierta: en fin, vamos á vivir á algun pueblo ignorado hasta que Dios quiera que podamos recuperar el rango y nombre, que nunca hubiéramos debido dejar.

Durante la seria reconvencion de su hermano, habia permanecido Margarita en su postura humilde y suplicante; mas movido de compasion Arturo á vista de aquella organizacion tan débil y de aquellas lágrimas tan arrepentidas, tomó á su hermana de la mano, la levantó con agrado y la abrazó con desahogo.

— Margarita, prosiguió el oficial; ve á buscar á tu hijo, pues es menester acostumbrarle á mis caricias, porque quiero ser su padre.

Esta nueva prueba de ternura penetró el alma de la jóven de un reconocimiento difícil de explicar; su semblante, en el que hasta entonces habia estado impresa una profunda tristeza, despidió súbitamente una indecible alegría. Echó los brazos al cuello de su hermano, lo estrechó contra su corazon, y despues habiendo ido precipitadamente á buscar á su hijo se lo presentó. Al verlo, no pudo Arturo dominar su emocion; lo tomó en sus brazos, lo levantó á la altura de su rostro y lo cubrió de caricias.

— Pobre niño, dijo entre dientes; no tengo que ofrecerte mas que la ternura de un padre, pues solo el que te ha dado el sér puede darte un apellido!

Suspensa contemplaba Margarita este espectáculo tan patético: una inefable sonrisa animaba sus labios: un resplandor sobrenatural brillaba en sus miradas, y reflejaba al parecer sobre su semblante todo el júbilo de su corazon. Finalmente, preocupado Arturo con su proyecto, entregó el niño á su madre, y salió enjugándose las lágrimas.

Dirigióse el jóven al criado que le habia acompañado en su viage, el cual estaba esperando con mucha paciencia en la plaza de San Carlos, y le dijo:

— Renato, ¿tu me has visto nacer, y sin duda esperabas morir sin separarte de mi persona; pero es preciso que nos separemos.

Al oír estas palabras Renato se quedó atónito.

— ¿Yo abandonaros, monseñor? Oh, Dios mio! ¿qué he hecho yo, pues, para eso?

— Renato, añadió el jóven; hay algunas circunstancias en la vida que no puede preveer el hombre, y que trastornan todos sus proyectos; pero consuélate, porque algun dia nos volveremos á ver.

— Ay monseñor, soy muy anciano!

Al pronunciar estas palabras, clavaba Renato en su jóven amo una mirada tan triste y suplicante, que este volvió la cara para no verlo: sacó su cartera, escribió precipitadamente algunas líneas, y habiéndosela entregado á su antiguo criado, añadió:

— Mira, Renato, vuelve á Coblenz y llévale al príncipe este librito de memoria, lo que la envío es mi dimision.

— Vuestra dimision! Ay! monseñor, ya comprendo que no os volveré á ver mas; y así, permitidme que me despida de vos.

Conmovido vivamente Arturo alargó su mano al anciano, el cual la cogió con enagenamiento y se echó á los pies del jóven, inundándolos de lágrimas y de besos.

— Basta, basta, dijo el baron, que deseaba dar fin

á esta penosa escena; llévate mi caballo y ve á buscar al mismo tiempo una berlina.

Levantóse Renato con resignacion y obediencia sin proferir una sola palabra. A poco tiempo llegó la berlina, y entonces el baron tomó á su hermana de la mano y la llevó hasta el carruaje; pero en el momento mismo en que Margarita iba á subir en él, vaciló y dijo timidamente:

— Arturo ¿y si vuelve?

Arturo frunció ligeramente los ojos, movió la cabeza y dijo:

— Pobre hermana, nada temas: si él no te encuentra, algun dia permitirá Dios que yo mismo lo halle!

En seguida se dirigió al postillon y le dijo:

— A Ferlach!

Casi al mismo tiempo se movió la berlina y partió. Renato permaneció inmóvil en la plaza, hasta que perdió enteramente de vista el carruaje que se llevaba á su señor, despues de lo cual montó á caballo y tomó el camino de Coblenz. Algunos dias despues, la comision de Arturo estaba ejecutada y su antiguo criado habia muerto.

(Continuará.)

A MI AMIGO DON MANUEL OVILO.

ROMANCE.

Te empeñas en que yo escriba,
te se ha llenado el cerebro
de ese afán, y es imposible
que yo acceda á tu deseo
y «ESCRIBE CUALQUIERA COSA.»
¿Qué me complace el aserto!
A un sabio, bien, se le dice;
mas nunca, nunca un inepto.
¿Qué he de escribir pobretón
de mí? Dé mira mi genio
que encuentre para un renglon
material malo ni bueno?
¿Conoces que es escribir,
cómo, cuando y en qué tiempos?
Suponme tú con la pluma
sobre el papel, que ya empiezo.
¿Qué me aconsejas que diga?
Ponte en mi lugar y apríetelo.
Si escribo bien, una crítica,
si escribo mal, un desprecio.
Déjame, por Dios, metido
en este pobre agujera
donde sin sol y sin luz
y sin moseas, me contemplo
lo mismo que el gran visir.
Comparo yo tus esfuerzos
con el capitán araña,
embarca, embarca... mas tiento,
que haces tú con brindarme
que yo con agradecerlo.
A la materia, que escoja?
sin tampoco vale un bledo
lo que han dejado los otros
que antes que tú y yo escribieron.
¿No has visto que un mismo asunto
le han maneado doscientos,
la mitad disparatando
y la otra mitad mintiendo?
Original. Y ¿que busce?
á donde encuentra mi seso
una historia, una novela:
unas costumbres, un pueblo?
La historia... es cosa muy rancia,
Novela va... decayendo.
Costumbres... ellas se pintan,
concluyamos con los pueblos
que no fueron lo que son
ni son lo que ser debieron.
Traducir? ¿cosa mas baja!
Ademas de no entenderlo,
tu juzgas que distinguirme
buscara tal vez en ello,
y que dieran tras de mí
cuatro ó seis ó veinte ó ciento,
y me pusieron lo mismo

que chupa de consejero?
Caprichos? son disparates,
y en el acto los cometo
de pensar en escribir.
Vamos á la forma. Metros.
Largo, no hará al caso al testo.
¿Consonantes? Dios me libre.
¿Asonantes? No los tengo.
Cuarteta? octava? quintilla?
redondilla? algun soneto?
zoda, comedia, tragedia
ó drama ó poema épico?
Si comedia... El artificio.
Si tragedia... poco fuego.
Si drama... los personajes.
Si poema... los sucesos.
Si al público no le agrada
cuanto se hace que remedio?
Me he de formar yo otro mundo?
Vamos al fin. Qué pretendo?
Gloria? Me llevo petardo.
Nombre? Pues pierdo el que tengo
Peculia? Por eso aguardo
pues, hijo, de hambre perezo
Si alabar, me quedo corto.
Si vituperar, ofendo.
Corregir? Antes aguarda
que sepa yo mis defectos.
En fin que ya me parece.
que va surtiendo el efecto
mi declaracion de amigos;
y, en atencion á lo supuesto,
si de golpe no lo logro
poco á poco lo convenzo,
y aquellas, tú me dirás
poesías que yo leo;
y yo te contesto, amigo,
aquello es mi pasatiempo.
Hubo época en que sudores
costó ver mi nombre impreso,
y no me pesa este afán
pues conocí muy á tiempo
que en realidad aprovecha
mas el influjo que el mérito.
Este romance recibo
que en tus manos encomiendo;
para que hagas lo que quieras
de su fin, materia y metro.

FELIPE VELAZQUEZ.

TEATROS.

Cruz.

A las cuatro y media de la tarde: La comedia nueva de gracioso, titulada: PROBAR FORTUNA O BELTRAN EL AVENTURERO. Seguirá baile nacional. A continuacion se ejecutará la comedia en dos actos, titulada: ES UN NIÑO!!! Terminando la funcion con baile nacional.

A las ocho de la noche: El muy aplaudido drama en cuatro actos y en verso, titulada: LA SEGUNDA PARTE DEL ZAPATERO Y EL REY. Terminará el espectáculo con baile nacional.

Príncipe.

A las cuatro y media de la tarde: La aplaudida comedia en tres actos, titulada: LA SEGUNDA DAMA DUENDE. Pas-de-deux del baile La Giselle, por Mme y Mr. Finart. Terminará el espectáculo con la graciosa pieza en un acto, titulada: LAS TRAMAS DE GARULLA.

A las ocho de la noche: La gran comedia de magia en siete cuadros, escrita en prosa y verso, titulada: LAS BATUECAS, exornada con todo cuanto su argumento requiere.

Circo.

A las siete y media de la noche: SAFFO, ópera seria en tres actos.

IMPRESA DE BOIX.